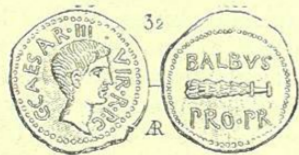


ardientes de la república; despues, hecho cónsul antes de cumplir los veinte años, se constituyó á su turno vengador de los asesinos de César, y para resistir á los republicanos que seguian las banderas de Bruto y Casio, se confederó con Antonio y Lépido, que ya le necesitaban. Entonces fué cuando se formó el triunvirato, cuyo triunfo sobre la república se aseguró con la batalla de Filipos, en que Octavio hizo cortar la cabeza á Bruto, que, como Casio, se habia dado la muerte, para arrojarla á los piés de la estatua de César, segun habia prometido. Esto decidió de la libertad romana. Siguióse la guerra civil de Perusa, que concluyó con el saqueo de la ciudad y con el sacrificio de trescientos senadores inmolados por Octavio sobre el altar de César. Al regreso de Antonio se hizo nueva particion, en que Octavio tomó para sí la España, de jando el Africa á Lépido (41). Sucesivamente y con diversos pretextos y en diferentes guerras que no son de nuestra historia, fué Octavio deshaciéndose de sus dos colegas: perdió á Lépido el auxilio que dió á Sexto Pompeyo; perdieron á Antonio los amores de Cleopatra. Octavio, vencedor de los triunviros y vencedor de los republicanos, consultó con sus amigos Agripa y Mecenas, si conservaria la república ó se haria emperador. Agripa le aconsejó la conservacion de la república para su gloria. Mecenas le aconsejó el imperio para su seguridad y para la felicidad del pueblo romano. Octavio optó por lo último, pero sin abolir repentinamente la república.

Fué, pues, Octavio César pasando por todas las magistraturas republicanas, y haciéndose respetable á los romanos con los nombres de emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpetuo, censor, gran pontífice, príncipe del senado y padre de la patria. Al fin de su séptimo consulado, fué á declarar al senado que queria renunciar la potestad suprema; no se le admitió la abdicacion, y el senado le saludó entonces con el nombre de *Augusto*, para significar un poder casi divino, nombre que conservó ya siempre: y el título de *Imperator* no fué ya solo una denominacion honorífica, ni la expresion del mando de los ejércitos, sino la representacion de la autoridad suprema. «De este modo, dice un escritor ilustre, el hombre mas desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacia en una época en que solo se hacia fortuna con las armas. Cuatrocientos mil soldados le bastaron para tener á raya á ciento veinte millones de súbditos, y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar reposo al mundo, él que no habia cesado de alterar la república. Acaso debió Octavio su fortuna á la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, ó bien un niño, como le llamaba Ciceron, no hacia sombra á los senadores, á quienes se mostraba sumiso, ni el pueblo, puesto que defendia sus derechos.»

Hasta este tiempo pocos sucesos notables habian ocurrido en España. Octavio, como César, honró la fidelidad española, creando para sí una guardia de tres mil españoles en Calagurris (Calahorra): que de este modo demostraban los mismos conquistadores de España el aprecio en que tenian la nativa lealtad de los hijos de este suelo. Por este tiempo se vió tambien por primera vez á un español, Cornelio Balbo, hechura de César, elevado á la dignidad consular, que ningun extranjero habia obtenido todavia.

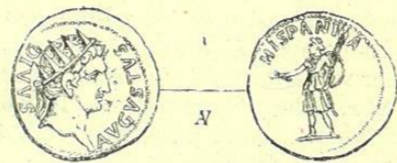


CORNELIO BALBO

En las guerras del triunvirato habia habido tambien algunos movimientos en España en favor del uno ó del otro de los triunviros; movimientos que fueron apagados por los gobernadores de Roma, y que sirvieron á estos de pretexto para seguir explotando las riquezas del país, y para recibir en Roma honores triunfantes poco merecidos. Mezcláronse tambien en estas revueltas los dos príncipes africanos que antes habian peleado el uno por César y el otro por Pompeyo, declarándose ahora por Antonio el uno y por Octavio el otro. Boyud, el partidario de Antonio, fué derrotado en una san-

grienta batalla, y arrojado de España, perdiendo además sus Estados de Africa.

Bajo el imperio de Octavio sufre España una trasformacion completa en su organizacion política y civil. Aquellas comarcas, provincias ó pequeñas naciones, tan variadas y distintas, tan independientes entre sí, tan faltas de unidad, van á constituir ya todas un solo cuerpo de nacion, una sola provincia sujeta al régimen de un hombre solo. El nuevo dominador del mundo declara á toda España tributaria del imperio romano, pero al tiempo que la hace tributaria, le da la unidad que no habia tenido nunca, sujetándola á un centro comun y á unas mismas leyes (38); novedad importante, que constituyó como un nuevo punto de partida para España en su marcha al través de los siglos. Desde el año 38 antes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporacion, comenzó un sistema cronológico peculiar para España en su marcha al través de los siglos. Desde el año 38 antes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporacion, comenzó un sistema cronológico peculiar para España en su marcha al través de los siglos. Desde el año 38 antes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporacion, comenzó un sistema cronológico peculiar para España en su marcha al través de los siglos.



AUGUSTO

Afectando Augusto querer gobernar con el senado, dividió con él la administracion de las provincias, dejando á aquel con estudiada política las mas sumisas y pacificas, y reservando para sí las fronterizas ó las mas inquietas en que acampaban las legiones, quedando así, en todo caso, dueño de la fuerza y de las armas. En este concepto hizo tambien de España dos provincias, una *senatorial* y otra *imperial*. Dió al senado la *Bética*, y se asignó á sí el resto de la Peninsula, del cual hizo despues una doble provincia con los nombres de *Lusitana* y *Tarraconense*, regidas por gobernadores ó legados á la vez civiles y militares. En la distribucion de estas regiones, acaso por las tendencias que ellas mismas, halagadas por los beneficios de la administracion de Octavio tan distinta de la de los tiranos pretores, manifestaban á adoptar las leyes, el régimen, los usos y costumbres romanas.

Pero aun existian en España pueblos, comarcas enteras que no habian recibido el yugo de Roma. Todavía los cántabros y astures se mantenian independientes y libres. Todavía aquellos fieros y rudos montañeses desde sus rústicas y ásperas guaridas, se atrevian á desafiar á los dominadores de España y del mundo. Siglos enteros hacia que España encerraba en su seno conquistadores extraños; ni cartagineses ni romanos habian penetrado todavia entre las breñas y sinuosos valles en que habitaban aquellas indomables gentes, que inaccesibles á las armas y á la civilizacion conservaban toda la rudeza de costumbres con que en otro lugar los hemos descrito (2). Era ya Octavio Augusto señor del mundo, y creíalo todo pacíficamente sumiso á Roma y á su imperio, y todavia no lo estaban unos pocos habitantes de la peninsula española. No podia Augusto sufrir que en un rincon de España hubiera quien no reconociese la autoridad del dominador del orbe.

Algunas excursiones de los cántabros y astures hasta las vecinas comarcas de los autrigones, de los murbones y de los vacceos, sujetas ya al imperio, debieron hacer conocer á los romanos la bravura y ferocidad de aquellos hombres agrestes, y aun darles alguna inquietud y cuidado. Ello es que el emperador romano no se desdenó de venir en persona á dar

(1) Se contó por la era española en Cataluña hasta 1180, en Aragon hasta 1350, en Castilla hasta 1383. Para reducir la era española á la era cristiana no hay sino rebajar treinta y ocho años.

(2) Cap. I del lib. I. de esta historia.

impulso y vigor á aquella guerra que parecia no deber fijar siquiera la atencion de quien tan acostumbrado estaba á ver sometérsele tantos y tan vastos reinos. Vino pues Augusto (26)

al frente de un ejército, que dividió en dos cuerpos, de los cuales destinó uno al mando del pretor Carisio contra los astures, y con el otro marchó él contra los cántabros.

CALAGURRIS IULIA NASSICA (CALAHORRA)



Estableció Augusto sus reales en Segisamo (Sasamon, entre Búrgos y el Ebro), donde hizo todo lo posible por comprometer y obligar á los enemigos á venir á una batalla general. Tarea inútil para aquellos montañeses, á quienes agradaba mas y era mas ventajoso molestar á los romanos con repentinias irrupciones, bruscas acometidas y rápidas retiradas, sin que las pesadas legiones imperiales pudieran nunca darles alcance ni menos penetrar en sus rústicas guaridas. Apareciendo y desapareciendo súbitamente y con agilidad maravi-

losa, peleando en pequeños grupos y pelotones, teniendo á los imperiales en continua alerta y zozobra, y no dejándoles gozar momento de seguridad ni de reposo, traíanlos fatigados, inquietos y desesperados. En vano Augusto hizo que una armada concurriera á ayudar por la costa sus operaciones militares. Los cántabros se concentraban dentro de sus rocas, y desde allí repetian los asaltos, sin que hubiera medio de empujarlos en mas formal combate.

Cansado Augusto y mortificado con tan obstinada resis-

tencia, habiendo caído además enfermo, retiróse al cabo de algunos meses á Tarragona, dejando á Cayo Antistio el mando del ejército y el cargo de aquella guerra. Mas afortunado ó mas hábil Antistio, en ocasion que los cántabros habian necesitado bajar á la llanura, acaso en busca de mantenimien-



tos, logró por medio de una simulada fuga atraerlos á sitio donde tuvieron que empeñar una accion general, en la cual quedaron victoriosas las armas romanas. Fué este primer desastre de los cántabros cerca de Vellica, no léjos de las fuentes del Ebro (1). Trataron los fugitivos de ganar el monte Vincio, y hallando los romanos apostados ya en Aracillum (hoy Aradillos, á media legua de Reinosa), viéronse forzados á buscar un asilo en el monte Medulio, inexpugnable posicion, si allí hubieran intentado atacarlos los romanos. Mas estos tuvieron por mejor y mas seguro circunvalar la montaña,

LANTZA (LANCIA)



y sostenido combate que obligó al orgulloso romano á decir públicamente que le habia maravillado la bravura de aquellos guerreros, y que por lo menos no era inferior á la de los soldados romanos, los forzó á retirarse á Lancia, ciudad situada sobre Sollanza á nueve millas de donde hoy está Leon. Sitióles allí el mismo Augusto. La ciudad fué defendida con denuedo admirable, pero reducidos ya á tan pocos que era imposible prolongar mas la defensa, hubieron de rendirse, siendo los mas valientes de ellos vendidos como esclavos. Sucedió esto al empezar el nono consulado de Augusto (2).

Visitó luego Augusto los países conquistados, y deseando dejar asegurada en ellos la tranquilidad, hizo lo que habia practicado César con los habitantes del monte Herminio, obligar á los moradores de las montañas á desamparar las fragosas breñas y bajar á los lugares descubiertos y llanos. A los soldados que habian cumplido el término de su empeño mandó distribuir campos y tierras, que era el fundamento de las colonias. Así se fundó Emerita Augusta, hoy Mérida, habiendo tenido el cargo de dirigir los trabajos de aquellos veteranos el mismo Carisio, como se ve en las monedas que se conservan de aquel tiempo, en que se hallan de un lado el nombre de Augusto y de otro los de Carisio y Emerita. Otras ciudades tomaron el sobrenombre de augustas, como *Cæsar-Augusta*, la antigua Salduba y hoy Zaragoza; *Pax-Augusta*, hoy Badajoz; *Braccara-Augusta*, hoy Braga, y otras. Fundóse igualmente en aquel tiempo la ciudad de Leon con el nombre de *Legio septima gemina*, correspondiente al de las legiones que allí quedaron con el especial objeto de vigilar y en caso necesario reprimir á los bravos astures. Otros varios monumentos quedaron de Augusto en España. Cuéntase entre ellos el templo de *Janus-Augustus* en Ecija; un bello puente sobre

(1) Dion Cass. lib. LI y LIII.—Flor. lib. IV.—Oros. lib. VI.

(2) Mariana y otros autores varían en la relacion de algunas circunstancias de estas guerras, no sabemos con qué fundamento. Nosotros hemos seguido aquello en que hallamos convenir mas las antiguas historias latinas, no muy explícitas y claras en lo relativo á estos acontecimientos,

haciendo en derredor y en un círculo de quince millas un profundo foso, y construyendo en toda la línea gran número de torres, de la misma manera que si pusiesen sitio á una ciudad. Una vez que los cántabros allí encerrados no tentaron en un principio romper la línea enemiga, érales ya despues imposible el escapar.

Vióse entonces una de aquellas resoluciones de rudo heroismo de que España habia dado ya tantos ejemplos, y que siempre admiraba á los romanos. Aquellos hombres de ánimo indómito, prefiriendo la muerte á la esclavitud, diéronselas á sí mismos peleando entre sí, ó tomando el tósigo ó venenoso zumo que para tales casos siempre prevenido llevaban. Añaden algunos que los romanos, aprovechando aquella confusion, cayeron sobre los heroicos y desesperados combatientes, lo cual es muy verosímil, y que los que vivos caian en sus manos eran crucificados, siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independientemente y fiera en el tormento, que sucumbian en la cruz cantando himnos guerreros (3). Así subyugaron por primera vez la Cantabria, si subyugar se puede llamar esto, las armas de Roma.

Publio Carisio se habia dirigido con su ejército contra los astures. Afirmase por algunos que el mismo Augusto en persona mandaba otra vez la mitad de estas tropas. Un cuerpo de astures que se encaminaba á Galicia ó Lusitania, fué alcanzado y detenido por Carisio, que despues de un sangriento

el Ebro; las *Turres Augusti*, elevadas en forma piramidal sobre el rio Ulla en Galicia, y las *Aras Sæctianas* en el cabo de Torres de Asturias, unas y otras erigidas por Sextio Apuleyo, uno de los jefes romanos de la expedicion cantábrica y dedicadas á Augusto, como términos de las victorias que consiguió bajo sus auspicios.

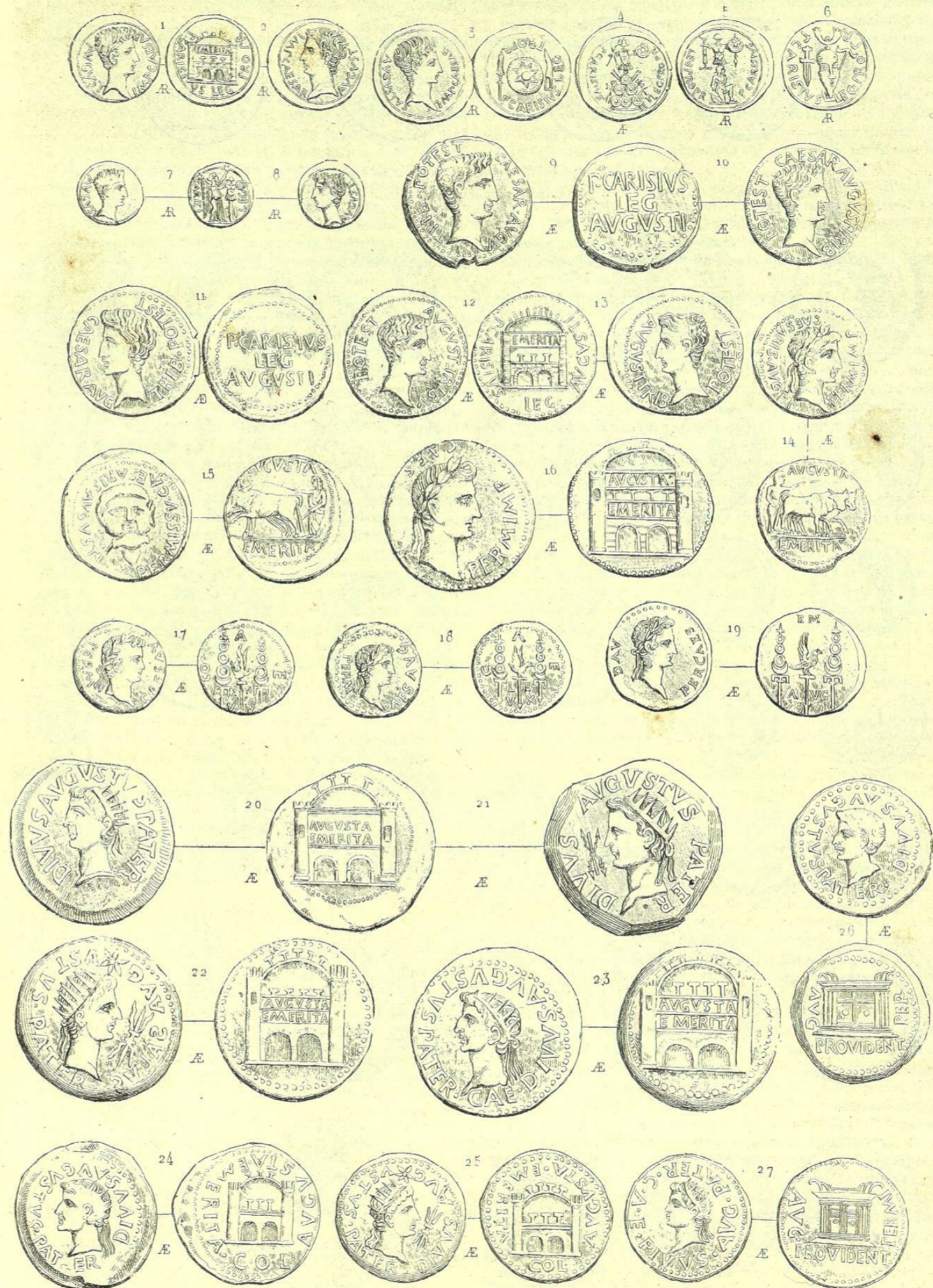
Vuelto Augusto á Tarragona, recibió allí embajadores de la India Oriental y de la Escitia, que atraídos de la fama de su nombre venian á ofrecerle amistad. Y dejando á Lucio Emilio el mando del ejército de la Tarraconense, y el gobierno de esta provincia y de la Lusitania á Publio Carisio en concepto de legado augustal, partióse para Roma, donde cerró por cuarta vez el templo de Jano, suponiendo que España y el mundo quedaban en largo y completo reposo (4).

Grandemente equivocado fué este juicio respecto de España. Los cántabros y astures, conservando vivo el odio á los romanos, no pudiendo vivir sin libertad, irritados acaso tambien con las violencias de los conquistadores, y deseando vengar las injurias pasadas, dieron principio á otra lucha aun mas brava y feroz que la primera. Emilio y Carisio que fueron á sujetarlos entraron devastando sus campos, incendiando sus rústicas viviendas, y cortando las manos á los prisioneros, segun las bárbaras leyes de la guerra de la civilizada Roma. Aunque pareció quedar sujetos por entonces, fuéle preciso todavia á Cayo Furio, sucesor de Emilio, guerrear otra vez con aquella gente, la sola en el mundo que traia entretenidas las legiones romanas, y á las cuales por tanto no cabia en lo posible resistir. Furio los venció tambien, y redujo á esclavitud todos los prisioneros. Si imposible era á los cántabros y

(3) Supónese ser de este tiempo un fragmento de cancion bélica hallado por Humboldt en Vizcaya en los manuscritos de un tal Juan Ibañez en 1590, visitando los archivos de aquella provincia. Cópiale Rossew-Saint-Hilaire en el apéndice I del tomo I de su Historia de España.

(4) Este templo, que se conservaba siempre abierto mientras Roma tenia pendiente alguna guerra, habiase cerrado solas tres veces en los siete siglos que Roma llevaba de existencia: la primera en tiempo de Numa, la segunda cuando terminó la guerra púnica, la tercera despues que Octavio venció á Marco Antonio. La cuarta fué esta.

EMERITA AUGUSTA (MÉRIDA)

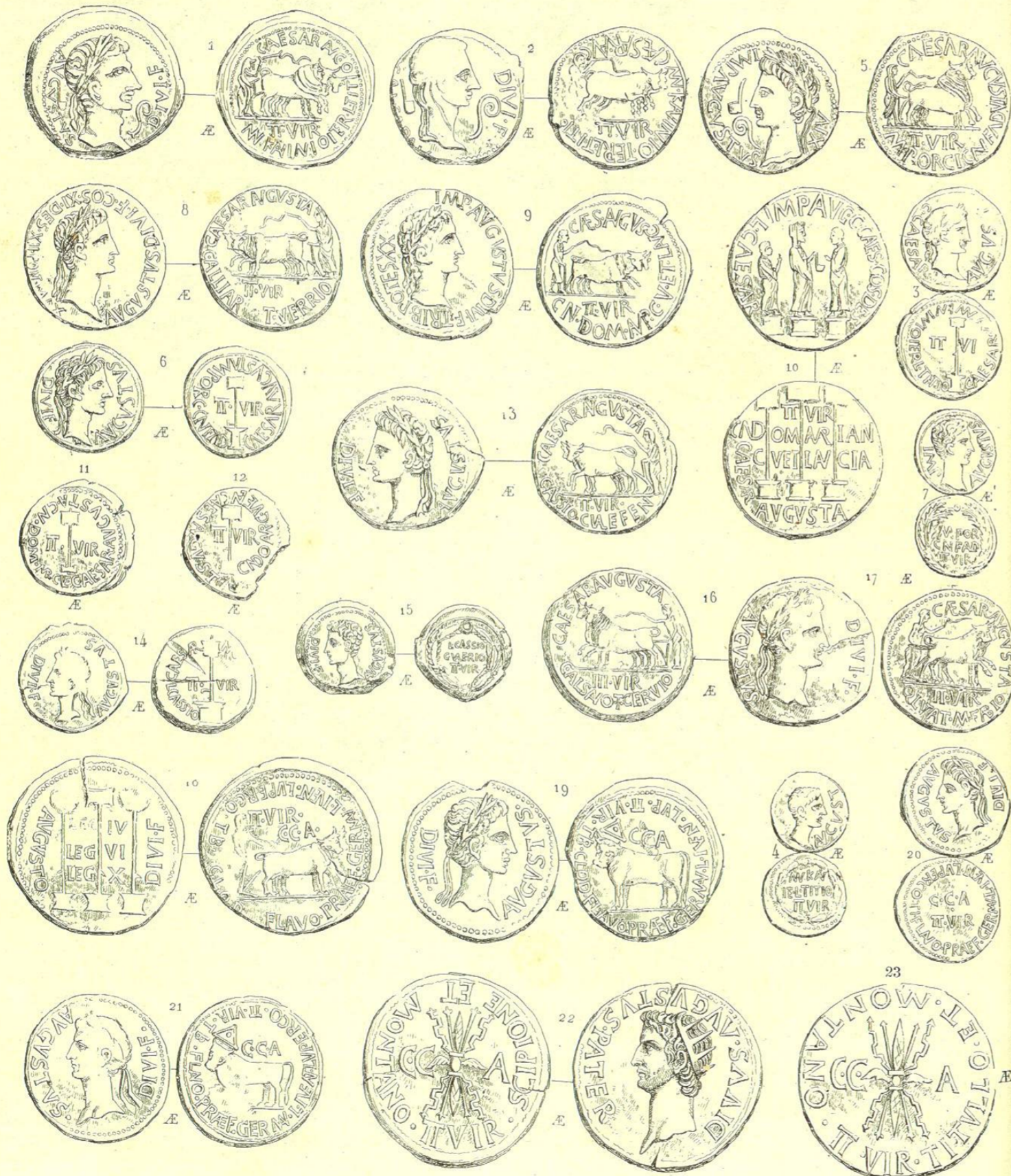


1020043992

EMERITA AUGUSTA (MÉRIDA)



CAESAR AUGUSTA (ZARAGOZA)



astures vencer, tambien la esclavitud les era insoportable. Así pasado algun tiempo, concertáronse entre sí aquellos mismos esclavos, mataron á sus señores y dueños, ganaron los montes y riscos, y no les fué difícil conmovier todo el país y alzarlo en masa.

Infundia ya pavor á los romanos tan indómita gente. Arre- drábalos la idea de tener que exterminar aquella raza tan feroz si habian de vencerla, y asombrábalos tanta obstinacion y porfia, tanto desprecio de la vida. Pero no podia tampoco el señor del mundo dejar vivo y sin apagar aquel fuego, aquel foco perenne de rebelion, mas temible en España que en otra parte alguna. Así hubo de enviar á sujetarlos á su mismo yerno M. Agripa, que envanecido por sus victorias contra los germanos, gente tambien belicosa y fiera, creyó reducir con la misma facilidad á los cántabros y astures (1). Pronto recibió el desengaño: tan impetuoso fué el primer arranque de aquellos españoles, tanto impuso á las nuevas legiones romanas el formidable aspecto de aquellos montañeses, que entrando el desaliento y la consternacion en sus filas, hubo de sufrir la humillacion de retirarse el vencedor de la Germania. Tuvo que tomarse tiempo para restablecer la disciplina de su ejército, para reanimar con castigos y con arengas el abatido valor de sus soldados. Notable fué la severidad que usó con la legion llamada *Augusta*, una de las que con mas cobardía se habian conducido en el combate. Agripa la declaró indigna de llevar aquel nombre, y la disolvió toda entera. Este ruido- so y ejemplar castigo surtió su efecto, picando el pundonor de las demás legiones.

Cuando ya tuvo sus tropas mejor dispuestas, emprendió de nuevo la campaña, y habiendo tenido la suerte de sorprender á los cántabros en una llanura, empenólos en una accion general en que quedó vencedor. No dejó con vida un solo hombre de los que cayeron en sus manos: destruyó todas sus viviendas de la montaña; hizo á los ancianos, mujeres y niños bajar á morar á los llanos, no sin que presenciara horribles escenas de madres que mataban á sus hijos, de hijos que daban la muerte á sus padres de orden de ellos mismos, no queriendo conservar la vida con la esclavitud. Agripa hizo ocupar militarmente todo el país (2).

Gran sensacion y extraordinario contento causó en Roma la terminacion de la guerra cantábrica (19). Con ella quedó sujeta toda España, con ella acabó de perder su libertad des- pues de dos siglos de heroica é incesante lucha. «España, repetimos con Tito Livio, el primer país del continente que invadieron las armas romanas, fué el postrero que se sometió.» Desde Escipion hasta Agripa habian mediado doscientos años. Este es el primer elogio que puede hacerse del genio indomable de los hijos de esta region del mundo. España quedó reducida á provincia del imperio.

Siguióse una paz, que se llamó proverbialmente paz Octa- viana; aquella paz de que dijo Tácito: *ubi solitudinem faciunt, pacem apellant*.

CAPÍTULO VIII

Situacion de España

DESDE LA EXPULSION DE LOS CARTAGINESES HASTA SU COMPLETA SUMISION AL IMPERIO ROMANO

Examínase las causas de la guerra.—De su duración.—De su resultado.—Por parte de los romanos.—Por parte de los españoles.—Gobierno de España durante las guerras de la república.—Pretores.—Cuestores.—Lo que excitaba su auidéz.—Influencia de las riquezas en Roma.—Veni- lidad.—Desmoralizacion.—Escandaloso lujo de los patricios.—Miseria de la plebe.—Causas que prepararon el gobierno imperial.—Estado intelectual de España en este tiempo.—Respectiva civilizacion de los habitantes de las diferentes comarcas españolas.—Poetas cordobeses.—Influjo de Sertorio en la civilizacion de España.—Idem de Augusto.—Reflexiones.

La paz que despues de tan largos siglos de luchas alcanza- mos; la sumision total de España á Roma, y el tránsito del go-

(1) Mariana hace venir ya á Agripa desde la primera guerra cantábrica, lo cual está en contradiccion con todas las historias antiguas, que le suponen en aquel tiempo ocupado en otra parte.

(2) Dion Cass. lib. LIV.—Paterc. lib. II.—Flor. lib. II.

bierno republicano al imperial, todo ofrece al historiador oca- sion oportuna para dar á sus lectores y darse á sí mismo un momento de descanso, que bien lo hemos unos y otros menester para reposar de las aflictivas y enojosas relaciones de guerras y batallas, de tantas escenas de dolor, de desolacion y de sangre, sin que nos haya sido posible aliviar de ellas á nues- tros lectores, por mas que hayamos procurado aligerarlas; que tal es la naturaleza de estos períodos históricos en que la suerte de los pueblos depende solo de la suerte de las armas. Parécenos haber llegado á la cumbre de una altura, desde donde mas tranquilos podemos contemplar la marcha de los mismos sucesos y examinar su influencia en la condi- cion física y moral del país.

¿Quién provocó esta lucha singular? ¿Cómo tan dilatado espacio de tiempo se sostuvo? ¿Por qué se malograron los heroicos esfuerzos de los españoles? ¿Por qué fué tan lenta la conquista por parte de los romanos?

El pensamiento perpetuo de Roma era conquistar. Lo dis- muló en España mientras tuvo en ella otros enemigos que combatir. Convínole entonces mostrarse generosa con los españoles, fingirse su aliada y amiga. Vencidos y expulsados los cartagineses, varió de todo punto la política de Roma. Á la conducta en lo general noble y generosa de los Escipiones, bien fuese dictada por los sentimientos de su corazon, bien producto de un sistema político prudentemente calculado, reemplazaron las vejaciones, las crueldades y las estafas de los pretores, avarientos casi todos, traidores y alevos muchos, tiránicos y opresores los mas. Si alguno se mostraba desinte- resado como Caton, ó humanitario y conciliador como Graco, divisábase apenas entre la turba de los Galbas y los Lúculos, de los Didios y los Crasos, que unian á la rapacidad el desen- freno, y á la crueldad la alevosia. Roma, que desde la expul- sion de los cartagineses, habia arrojado la máscara como conquistadora, aprovechándose de tener sus legiones apode- radas de una gran parte de España, la arrojó tambien como explotadora, permitiendo y tolerando, ya que mandando no, el desastroso sistema de sus gobernadores militares, especie de soberanos y tiranuelos consentidos y casi autorizados.

Y casi autorizados; porque el senado y los cónsules, si no aplaudian abiertamente las exacciones y las estafas de los prevaricadores, gustábales por lo menos ver cómo refluía en la ciudad el oro y la sustancia de este rico país, á cuya partici- pacion acaso no eran ajenos ellos mismos. La breve duracion de aquellos cargos producía dos efectos, ambos fatales para España: la rapidez con que los pretores procuraban enrique- cerse en el corto período de su magistratura, y la esperanza que todos tenían de que les tocara el turno de desempeñarla. Para mal de los españoles, Roma emprendió su conquista en la época en que iban desapareciendo las antiguas virtudes de la república, en la época en que los honores triunfales, los sufragios del pueblo y del senado, los mas elevados cargos del ejército y de la administracion, se obtenian y ganaban á precio de oro. De poco servía que algunos senadores preser- vados de la general desmoralizacion levantaran una voz ami- ga en favor de la desventurada España; que se formara en el senado un partido que se denominó español; que los Esci- piones y los Catones pronunciaran enérgicos discursos pidiendo el castigo de los pretores avaros y criminales: su voz se ahogaba ante una mayoría corrompida ó ganada con el mis- mo oro que constituía el motivo de la acusacion, y los proce- sados pretores salian absueltos. ¿Qué valía que á costa de esfuerzos arrancara Pison una ley autorizando á los pueblos de España para denunciar las depredaciones de los jefes militares, y pedir la debida responsabilidad é indemnizacion? ¿A qué, si este derecho habia de ser ilusorio? Mas de una vez pasaron el mar y llegaron hasta el senado los lamentos de los pueblos oprimidos, expresados por embajadores enviados al efecto: pero la impunidad en que quedaban los acusados, la presencia siempre amenazante de las armas romanas en la Península, todo hacia que los españoles contemplaran inútil apelar al senado en demanda de justicia. El mismo Ciceron que presenciaba ya la caída de la república, Ciceron que pasaba por mas circunspecto y mas tímido que Caton, se atrevia á decir: «Difficil es expresar lo odiosos que nos hemos